

CONFESIÓN

Siempre bajo las persianas antes de dormirme. Siempre lo hago, desde que tengo uso de razón, todos los días de mi vida antes de meterme en la cama. Siempre. Como un ritual. Por eso me extrañó que se me hubiese olvidado bajarlas. Justo por eso, porque es algo que hago siempre.

Tenía la cabeza muy pesada, como si hubiese bebido. Y pensé que eso no era normal. Y no es normal porque nunca bebo. Observé que había sangre en la colcha y en las sábanas, y en el cable blanco de la lamparilla de noche. "No es normal" pensé "no pude ser que tenga la cabeza tan pesada" y vi a Carmen tumbada sobre mi cama. Sé que se llamaba Carmen porque me lo dijo en el bar donde ayer la conocí. No siempre me acuerdo de los nombres de las mujeres con las que me acuesto. No siempre. En realidad hacía años que no me acostaba con nadie. No me importa reconocerlo.

Sé que se llamaba Carmen porque me lo dijo ella en el bar donde la conocí. "Hola" dijo "soy Carmen", cuando me acerqué a coger el periódico. Me extrañó que me saludase con tanta amabilidad porque yo no la conocía. Hacía años que no me saludaba una mujer que no me conocía de nada. Hacía años que una mujer no me saludaba. Le pregunté que si me conocía, aun sabiendo de sobra que no me conocía. Si me hubiese conocido, es decir, si nos conociéramos de algo seguro que me acordaría. Seguro. Seguro que sí. ¿Cómo iba a olvidar a una mujer si la hubiese conocido antes? es decir, si me la hubiesen presentado, por ejemplo, o si hubiese hablado antes con ella, no sé, yendo por el metro, por ejemplo. Seguro que lo recordaría. Además, nunca hablo con nadie en el metro. Llevo años cogiendo el metro y nunca hablo con nadie. Y menos con una mujer. "¿Nos conocemos?" le pregunté, "no" dijo ella, y sonrió, "estaba mirando trabajo en las páginas del periódico" dijo "ahora estoy en el paro, ya sabes, la crisis", y volvió a sonreír otra vez. Me acuerdo perfectamente. Volvió a sonreír y yo dije "vaya". No sé por qué dije vaya, pero dije vaya, y ella volvió a sonreír.

Me sentía bien estando con ella, como si estuviese cómodo, si, era eso, como si estuviese cómodo, por eso acepté ir a otro bar donde no me conocían. Ella pidió dos vinos y dejó caer unas gotas de su copa sobre mi gabardina gris. No era importante, es decir, era una prenda que me había durado muchos años. Muchos años. A mí la ropa siempre me dura muchos años. Porque la cuido. Siempre me ha parecido importante cuidar la ropa. Cuidar la ropa es importante. Dice mucho de la gente.

"Perdona, ha sido sin querer". Eso dijo, y me miró de reojo, como una niña que ha hecho algo malo y no quiere que la castiguen. "Perdona, de verdad que lo siento", y se rió. Me miró de reojo y soltó una carcajada. Luego hizo un gesto al camarero, corrió su taburete y se acercó a mí, como si quisiera estar más cerca, y me preguntó que si vivía muy lejos. Entonces sacó del bolso un monedero verde con mariquitas rojas. Muy rojas. Me acuerdo perfectamente. Pagó los vinos y salimos los dos juntos del bar. Ella y yo. Los dos solos.

Subimos hasta mi piso; un lugar limpio y ordenado, ella lo notó enseguida, me gustó que reconociese el orden que había, "hombre, que ordenado esta todo" exclamó. Me gustó que ella valorase aquello, me entró algo como alegría, o quizás no era eso. Mejor orgullo. Sí, eso fue lo que sentí. Eso exactamente sentí, ahora que lo recuerdo. No me importa decirlo. Sentí orgullo; ella reconoció algo que para mí es importante. Las casas limpias y ordenadas dicen mucho de la gente.

Entramos en la cocina, saqué de la nevera dos filetes de carne envueltos en plástico transparente. Ella me miraba mientras yo colocaba la sartén sobre los fogones, y cuando yo la miraba ella sonreía, igual que cuando la vi en el bar. Igual. Igual que cuando me manchó la gabardina, la misma sonrisa.

Cenamos en el sofá. Juntos. Ella masticaba la carne. La cortaba en el plato y la masticaba, hasta que colocó su mano derecha en mi rodilla y ya no masticó más. Me miró y puso su lengua por mi cara, desde la barbilla hasta un poco por debajo de la nariz, y con sus dedos manchados de grasa desabotonó mi camisa. Sé que estaban manchados de grasa porque vi que estaban manchados de grasa. Lo vi. Me di cuenta enseguida de eso. No me importó. En ese momento. No le di importancia. Ella me mordió los labios mientras me iba desnudando, hasta que dijo, "espérame aquí, tengo la regla", y me pregunto que donde estaba el baño.

Esperé a que regresara, sentado en el sofá, mirando toda la ropa desperdigada por el suelo, hasta que apareció desnuda y me llevó a la habitación. Me tumbó en la cama y se puso sobre mí. Luego agarró mi pene con la mano, se lo metió entre las piernas, y empezó a brincar. Sentí que algo líquido comenzaba a escurrirse por mis muslos. Lo toqué con los dedos, los dedos, y vi que era sangre. Ella también tenía sangre en las manos, y las puso sobre mi pecho.

Nos revolcamos sobre la sabanas, entre la sangre, a un lado y al otro de la cama y entonces ella comenzó a gritar, cada vez más fuerte, sin parar. La tapé la boca, pero ella no paraba de moverse y clavó sus uñas en mis manos. Las uñas. Tuve que apretar su cuello. Ella no paraba de mirarme, con los ojos cada vez más abiertos, cada vez más grandes. Me miraba como extrañada, como si no entendiese muy bien qué estaba pasando. O como si se sorprendiese mucho por algo. Como cuando la gente ve algo que la sorprende mucho y mira con los ojos muy abiertos, como sorprendida por lo que ve, o por lo que está pasando, porque no comprende lo que está pasando y se sorprende, hasta que dejó de moverse. Entonces me di cuenta. Tenía las persianas sin bajar. Era todo muy extraño, yo siempre bajo las persianas antes de meterme en la cama, siempre, desde que tengo uso de razón, todos los días de mi vida antes de acostarme, hasta abajo, hasta el final, sin que quede una sola rendija abierta. Ni una sola. Y anoche me quedé dormido sin bajarlas.